

Faber, Sebastiaan; Gracia, Jordi. “Debate” y “Preguntas del público”. *Ensayo Hispánico y sociedad: Diálogos de un género en movimiento*. Castilleja Diana, Eugenia Houvenaghel, Dagmar Vandebosch (eds.). Genève: Droz, 2014, pp. 203-218.

Publicación disponible en: <https://www.droz.org/product/9789070489267>

Debate

Sebastiaan FABER

Jordi GRACIA

Sebastiaan Faber: Primero quiero volver a agradecer el estar aquí. Realmente creo que es muy útil intercambiar impresiones de esta forma, aunque solo fuera para resaltar malentendidos, lecturas erróneas y desencuentros, sobre todo.

Quiero apuntar un par de cosas. Respecto a lo que has comentado sobre la separación institucional, bibliográfica, existente entre los que se ocupan del exilio y los que no, estoy muy de acuerdo. En este contexto se inserta aquello que refería sobre lo limitado del marco español, ya que creo que también conviene una mayor colaboración de la actual entre los que, por ejemplo, estudian a Josep Lluís Sert y los historiadores de la literatura española. Ahí hay, entonces, otro enlace posible entre mundos ahora completamente separados lingüísticamente, culturalmente incluso, si pensamos en términos de culturas académicas; para mí, la apertura de los estudios del exilio español o de la cultura española del siglo XX va en esa dirección.

Así, si reflexionamos sobre la cultura del exilio de mediados del siglo XX en términos más amplios, damos con Max Aub, pero también con Adorno. Ahora, no estoy abogando con esto por una literatura comparada *per se*, sino por una comprensión de la evolución de la cultura del siglo XX en términos que trasciendan el marco nacional. Creo que en las estructuras universitarias en general, más en España que en algunos otros lugares, esa tendencia a los silos realmente es contraria a una plena comprensión de los fenómenos que pretendemos analizar. Por ello aprecio muchísimo el que tu libro aporte elementos nuevos, que nos recuerdan, a los que estudiamos el exilio, muchas cosas que solemos olvidar, ya que construimos el contexto mediante ‘atajos’ conceptuales, intelectuales. Por ello creo que los diálogos son muy importantes, aunque, inevitablemente, también se presentan problemas prácticos, pues no puede escribirse un libro de cinco mil páginas.

Jordi Gracia: Sobre todo si se ha escrito ya algunos otros libros que tratan sobre materias afines, claro. ¿Podría interrumpirte en este punto? En cuanto a lo del marco español, es decir, a lo de las parcelaciones académicas, no solo lo comparto completamente sino que soy un combatiente activo contra eso. Entiendo activo en el siguiente sentido: en el ámbito de las filologías –yo soy profesor de literatura española– no es demasiado frecuente un enfoque de historia cultural, y de ahí quizá que la mayor parte de mis interlocutores sean historiadores, y no filólogos... Quizá porque demasiados filólogos creen que este tipo de cosas no les conciernen.

En cuanto al segundo aspecto, una puntualización muy rápida. En clave historiográfica creo que lo auténticamente urgente en la bibliografía sobre la Historia de España contemporánea era despejar una cierta miopía sobre el franquismo. Continuar creyendo y repitiendo, como hace tantísima gente –muy buena en otras cosas– la imagen del erial, del túnel, del pozo... es haber estado ausente por completo de la historiografía contemporánea y casi seguir creyendo en los manuales del propio franquismo. Ya es inservible esa imagen, inútil, contraproducente, y no ayuda a entender nada –incluso en términos comparativos con Europa–.

Sebastiaan Faber: Otro punto muy diferente. Dijiste al principio que no debería haber mencionado a Pío Moa, porque no es historiador. Después dijiste que Llorens en el 49 no quería ‘hacerle el juego’ al franquismo. Yo creo que, de forma parecida, tú no quieres hacerle el juego a Pío Moa. Lo que quiero decir es lo siguiente, en cuanto a Pío Moa, y lo que representan César Vidal e Intereconomía y el PP y FAES, etc.: es cierto que nosotros, iluminados que somos, sabemos que se trata de un franquismo trasnochado, movido por intereses oscuros. Pero resulta que tiene una presencia enormemente importante en la España de hoy. Es importante no tomar por sentados presupuestos que no están de ningún modo institucionalizados ni en la educación, ni en los espacios públicos, ni en los museos.

Siempre tomo como ejemplo el holocausto. La historia del holocausto es muy sencilla porque sobre ella existe un consenso moral: los ‘buenos’, los ‘malos’, después los matices. Sin embargo, esto no sucede en España. Por tanto, tomar por sentado que la

guerra la causa la rebelión de Franco, que el franquismo fue un régimen deplorable... lo hacemos nosotros, a diferencia de muchos otros en España, que, además, poseen espacios públicos muy prominentes. Creo por tanto que adoptar esta actitud de no hacerles caso a los Pío Moa no es la más acertada, esto es, es necesario 'seguir el juego', porque alguien tiene que hacerlo. Pío Moa comenzó a publicar sus libros sobre la República y la Guerra –en 2001 aproximadamente– y, durante cinco años, ningún historiador se dignó reprocharle qué hacía, sino que tardaron bastante. Recuerdo incluso a Javier Tusell afirmando en *El País* que ese señor no era un historiador, sino un aficionado, hecho por el que no debía entrar en debate con él. Yo, sin embargo, creo que, para el público, sí debía hacerlo.

Jordi Gracia: Estoy completamente de acuerdo en que todo esto es 'tóxico'; Pío Moa, César Vidal, etc. –hay muchos más dentro de esta categoría– lo son de modo intencionado. Sin embargo, no creo que la forma de combatir eso sea tanto la réplica argumentada como la redacción de un buen libro que venda 200.000 ejemplares contando cómo son las cosas en realidad. El método no es por tanto el diálogo (porque no operan con honradez historiográfica sino por motivaciones políticas); el método ha de ser escribir buenos libros con horizonte de alta divulgación.

Esto implícitamente quiere decir, creo, contra lo que acabas de apuntar, que el 80% de la población española sabe que el franquismo fue 'malo' y que la democracia es 'buena'; creo que respecto a esto no cabe ninguna duda. Por ello podemos permitirnos hacer revisión de este modo. Esto es lo que trasmite el telediario, que no es sino lo que cree la mayoría de la gente; expresa que el bando franquista se sublevó contra la legitimidad de la República y que aquéllos son los culpables y esta la víctima. Ahora bien, lo que nos ha sorprendido mucho a todos ha sido el hecho de que a finales del siglo XX, en los últimos años del siglo XX y principios del XXI, haya reaparecido un discurso que abiertamente se hace nostálgico del franquismo y recupera argumentos de legitimación que este dio para sí mismo. Nos ha impactado porque ha aparecido de repente. ¿Por qué? Porque la 'travesía del desierto' de la derecha española a lo largo de la democracia fue muy larga y, en esta –en la extrema derecha, aglutinada en el PP por ser el partido que se encuentra más a la

derecha— sigue subsistiendo una nostalgia activa del franquismo, hecho con el que hemos de convivir. Eso forma parte de la distinción demográfico-social e ideológica de un país democrático que sale de una dictadura de cuarenta años. El modo de combatirlo es generando discurso oficial sobre qué fue el franquismo, quién ganó la Guerra Civil, quién la perdió y quién tenía razón. Y, hoy, yo creo que este es el discurso oficial, motivo por el que, precisamente, emerge este colectivo en el que se incluye Pío Moa.

Sebastiaan Faber: Entonces, en tu opinión el discurso oficial está en el telediario, por ejemplo.

Jordi Gracia: También en los libros de texto, en aquello que aprenden los jóvenes en las escuelas, en los institutos y en las facultades. Nadie discute seriamente esta versión, la nuestra; no hay una mirada tolerante o indulgente hacia el franquismo. Puede acentuarse más o menos, es decir, por ejemplo uno puede poner el acento en que el progreso económico durante el franquismo fue espectacular, hecho que por cierto, es real. Durante el franquismo España crece solo por detrás de Japón, primer país de crecimiento, a nivel mundial. Si negamos esto, nos estamos equivocando, porque se trata de un argumento incontestable y evidente, lo cual no obstante no legitima ni exime de culpa alguna al franquismo.

Sebastiaan Faber: Situándonos en este contexto de discusiones dentro de la izquierda, cuyo foro por antonomasia son las páginas de *El País*, ¿recuerdas la polémica que se dio en este diario el verano pasado sobre la memoria histórica, la República...? En un momento dado, Santos Juliá escribe un artículo titulado “Duelo por la República española”, en el que finalmente arguye, por ejemplo, que si la República hubiera expandido su territorio como lo hizo el bando de los nacionales hubiera matado a tantos como éstos. Desde luego, creo que es posible que dentro de un cierto espacio haya gente que todavía no ha asumido lo que ha supuesto la violencia en el campo republicano. Pero no me parece aceptable desde el punto de vista del rigor histórico, e incluso en algún modo peligroso, proponer en *El País*, a base de una lectura contrafactual, una especie de ecuanimidad o igualdad entre los dos campos, haciendo

eco precisamente de las versiones de la guerra defendidas por Intereconomía.

Jordi Gracia: Es arriesgado, atrevido; incluso puede prestarse a hacer el juego a Intereconomía, a Pío Moa...

Sebastiaan Faber: Pío Moa escribe, al día siguiente, “Santos Juliá va enterándose”.

Jordi Gracia: Nuestra obligación es decir la verdad aunque no sea fácil; Santos Juliá está, valientemente, diciendo cosas que incluso hace diez años no hubiese dicho, porque las ha aprendido. Es decir, la asunción de la violencia del lado derrotado no ha sido fácil para la propia izquierda; tampoco para el partido comunista, todavía no hay ningún libro que cuente, de un modo suficiente, cuáles fueron los sacrificios humanos que por fe ideológica llegaron a aceptar o a inducir. Se podrán explicar y comprender; hay que hacerlo, no ocultarlos, porque es lo mismo que llevamos haciendo con los franquistas, a los que resulta que hemos extraído todos los pormenores que hemos podido, bajo el argumento de que hay que saberlo todo. Esto debe mantenerse también para el otro lado; comunistas, no comunistas, exiliados, cualquiera. El argumento debe ser válido para ambos bandos. Otra cosa es que haya diferencias sustanciales en el modo de concebir la violencia en un bando y en otro, o que podamos discutir sobre eso.

El efecto puede llegar a ser el de dar munición a la extrema derecha contemporánea. Pero hemos de ser capaces de contraatacar generando discurso público, atractivo, masivo, con la versión real. Por ejemplo, ¿hay alguna película que sea la portavoz del discurso de Pío Moa, de César Vidal o del neofranquismo? Ninguna valiosa, porque necesita financiación, debe tener público, y todo el mundo sabe que no va a tenerlo. Nos engaña la repercusión mediática y la popularidad de estos sujetos; el nivel de impacto que aparentan tener en la modificación de los criterios de la población es muy superior al que efectivamente, materialmente, tienen, que es muy bajo. Se lo otorgamos nosotros, nos equivocamos al acordarnos de ellos continuamente, y ahí sí hay algo de ‘hacer el juego’.

Sebastiaan Faber: Bueno, me quedan dos aspectos que quisiera simplemente apuntar. En primer lugar, sobre el estilo ensayístico. ¿Cuál es su función para ti?, porque realmente es una decisión, es consciente. En segundo lugar, sobre Cercas. Lo que ha hecho es muy interesante, como artefacto novedoso. Tú dices que es posible que mucha gente no haya comprendido el propósito real, que haya hecho una lectura errónea. Ahora, ¿hasta qué punto esa equivocación o confusión es *parte* del proyecto de Cercas? En *Soldados* esa era la intención que el lector se equivocara, se confundiera. Creo que en *Anatomía de un instante* puede haber un mismo intento, aunque diferente, porque ya no quiere ser ficción.

Jordi Gracia: No contesto, solo apunto que el apartado que otorgamos a Cercas en la Historia de la literatura española¹ se titula “Experimentación y compromiso”. Esto es, como escritor, es necesario asumir la posibilidad de que puedan leerlo mal. Esto puede sucederle a cualquier gran escritor, pero por ello precisamente lo es, porque está enseñando a leer un producto que es nuevo. Pues bien, hay una parte real en eso, motivo por lo que lo hemos titulado “Experimentación y compromiso”: genera sus propias pautas de lectura.

¹ En: Jordi Gracia y Domingo Ródenas. 2011. *Historia de la literatura española. T.7. Derrota y restitución de la modernidad*. Barcelona: Crítica.

Preguntas del público

Pregunta: He leído bastante a Cercas y me ha sorprendido mucho, en la presentación de Sebastiaan, esta idea de que lo que Cercas y vosotros hacéis sería revisionismo, no la versión oficial. Sin embargo, yo tengo la sensación de que, justamente, es una gran parte de la versión oficial actual. Y es que, ¿quién aparece en la televisión? ¿A quién se le hacen entrevistas en las noticias? ¿Quién tiene una entrevista entera en *El País*? Javier Cercas. Entonces, yo creo que tiene mucha más presencia mediática que otras personas a quienes yo he estudiado – como Isaac Rosa o Belén Gopegui– las cuales, creo, conforman esta izquierda extrema e ingenua; esos ‘extremistas ingenuos’ de los que Javier Cercas habla en su libro. Después reflexiono sobre cómo me han hablado del franquismo en la universidad, y descubro que me han dicho que hasta los años 55-60 fue una dictadura, que deja luego de serlo, siendo casi todos buenos... Además, me dedico a la docencia. Hace un mes impartí una clase en la universidad, en España y, cuando pregunté acerca de la Transición, nadie sabía cuándo había tenido lugar o cuando había muerto Franco. La idea que de ello tenían estaba relacionada con la figura del Rey, con un cambio misterioso y bonito, repentino. Por ello, no tengo la sensación de que exista una mirada crítica sobre la Transición; más bien todo eso es, generalmente, una apología de esta en la que estos traidores tan ‘buenos’ no fueron por suerte tan ingenuos como para seguir defendiendo sus ideales. En definitiva, no me convence el hecho de que seáis vosotros una especie de ‘víctimas’.

Jordi Gracia: No creo que el punto de vista existente sobre lo que es la Transición, la democracia o el franquismo lo hayamos de extraer de estudiantes que, en una facultad o en un instituto, están tratando de aprender. El tono general que hemos formulado aquí como base concierne a la capacidad para detectar cuál es hoy la versión oficial, consensuada, común, aquella que transmiten los medios de comunicación masivos. Ahora bien, el hecho de que Cercas esté en boga y no lo esté Belén Gopegui, responde a razones coyunturales y de capacidad de captar lectores con sus novelas. Es decir, lo que aquí se trata concierne, por ejemplo, a que la posición de Isaac Rosa y Belén Gopegui en el sistema intelectual

y cultural español es expresamente, deliberadamente, la de una izquierda a la izquierda de la socialdemocracia, perfectamente razonable en el caso de Isaac Rosa, bajo mi punto de vista, y que en el caso de Belén Gopegui ha rebajado su fuerza y potencia como novelista –quizá debido a una radicalización política de su narrativa–. Respecto a esto que has denominado, bromeando, ‘inocentes nostálgicos’, no olvidemos que Belén Gopegui o Isaac Rosa u otros, sí aparecen en los ‘papeles’ –Rosa posee numerosos premios y Gopegui es, junto a Almudena Grandes, la escritora, entre las recientes, de la Transición–. Ahora bien, que Cercas ha accedido a un lugar público disparatado, exagerado, incomprensible, es totalmente cierto; es también lo atípico y producto de que en 2001 se dispere como éxito masivo una novela publicada sin ninguna publicidad. Sin embargo, no por ello hay que otorgar al resto la consideración de ‘marginados’.

Reacción: La sensación que tengo es que es imposible emitir cualquier crítica acerca de todo aquello que concierne a la Transición y a los últimos años del franquismo. En un congreso casi soy ‘lapidada’ porque criticaba la Transición. Este discurso desde una Transición ‘bonita’ es el oficial...

Jordi Gracia: En ese caso hablamos de otra cosa; no había entendido que aludías a la Transición, es decir, al debate sobre el revisionismo en la Transición, si es necesario o no. Yo soy partidario de revisarla, por supuesto, aunque defendiendo que el diagnóstico básico, por supuesto, es que fue feliz, me parece imposible pensar otra cosa. Puedo realizar una lista abrumadora de déficits, sin ninguna duda, pero hablamos en términos generales – básicamente bien o básicamente mal–; no podemos olvidarnos de que estamos hablando de política, sociedad e historia, donde es imposible emitir juicios absolutos –¿acaso ha habido algún momento en que todo haya sido perfecto?–. En mi opinión, e inequívocamente, la Transición se hizo básicamente bien. Si no se comparte este diagnóstico habrá que discutir, aunque no sé en relación a qué.

El otro día, en la Fundación Pablo Iglesias, coincidí en la mesa con Mari Paz Balibrea, quien también es partidaria de la lógica de que hubo una claudicación y una traición a los ideales.

Ella mantuvo esa posición y yo la discutí lo más amigablemente que pude, pero es cierto que los comentarios del público no lo fueron tanto. Cuando se trata de revisar la Transición, aquellos que lo hacen tienen una idea, me da la sensación, un tanto confusa o indocumentada sobre lo anterior; una idealización de la República muy inocente, una simplificación gravosísima de la etapa del franquismo y por tanto también una lógica un tanto primaria o mecánica sobre lo que había que hacer en el 78. Desde 1978 empieza un régimen democrático pero claro que el franquismo social seguía existiendo, no podemos hacer desaparecer a la sociedad franquista que venía de entonces tan fácilmente. ¿Acaso debía hacerse la Transición sin tener en cuenta a los franquistas? No había un método alternativo a este para llevarla a cabo. Sin embargo, insisto, mi descripción es básicamente a favor, sin resquicios, pero con un listado muy amplio de aspectos que seguramente hubieran ido mejor de hacerse de otro modo, aunque ninguno de ellos tan sustancial como para considerar que el proceso entero fue un error desde algún punto de vista.

*

Pregunta: Celebro esta mesa impresionante que habéis organizado; ha sido un gran placer y un estimulante para muchas ideas. Quiero ceñirme a unos puntos del libro de Jordi Gracia, en el exilio, que es ese trasiego posible de ideas a pesar de todo, en los peores momentos, entre el exilio y el interior, que parece que estuvo en la generación que vivió el comienzo de la suspensión de la autarquía. También en el comienzo de las idas y venidas, ya que se otorgaban pasaportes a extranjeros y recíprocamente se atraía a exiliados tratando de hacer una política de ‘reconciliación’, así como, a partir de 1952, el papel de la difusión mundial de la propaganda a través del Instituto de cultura española. Mediante estos canales se han fomentado cauces muy importantes de ideas. Quiero asimismo apuntar un aspecto que no se ha mencionado en absoluto y es el hecho de que una circulación clandestina de ideas no solo se hace de modo privado sino que además se estructura sistemáticamente desde los partidos políticos clandestinos en España con sus lazos en el exterior, en Francia profundamente – donde yo viví– y a través de otro canal del que poco se habla. Creo que usted lo ha considerado y quisiera preguntarle si lo ha ponderado, ya que, frente al nacionalcatolicismo, se dio también el catolicismo de izquierda, muy desarrollado en aquel tiempo en el

norte de Europa y relacionado desde el prefranquismo con la intelectualidad española.

Jordi Gracia: Por supuesto que sí. Mounier es un punto de referencia crucial; en los años cincuenta, algunos muchachos, pese a haber crecido en el nacionalcatolicismo, lo están leyendo. Eso significa que muy pronto van a poder hacer sus primeros viajes a París, financiados por el estado franquista, cuya pretensión era la de generar buenas élites. Lo que no podía prever es que esas élites se iban a volver contra él, excepto algunos como Manuel Fraga Iribarne, claro –al igual que gran parte de la ‘tropa’ franquista que lo siguió en ese tiempo–.

No forma parte del relato de mi libro, aunque sí lo hace de algunos apuntes de otro libro mío primero, *Estado y cultura* y, también, *La resistencia silenciosa*. Porque es una de las vías más sugestivas para muchachos nacidos en una asfixiante sociedad católica, reaccionaria y tradicionalista como la española. Es decir, la clave era encontrar una vía para ser cristiano sin sumarse a la iglesia católica; reconocerse cristiano y hacerse revolucionario. Los del Frente de Liberación Popular (FLP), con Julio Cerón, con Ignacio Fernández de Castro, etc. arman literalmente a sus integrantes –un grupo muy reducido–. Se trata de cristianos revolucionarios, armados; la revolución tiene que llegar por la vía armada del cristianismo.

Reacción: Esta apertura también va por el lado universitario: Lovaina es el centro principal del norte de Europa adonde van jóvenes a formarse y que regresan a nuestro país. No son espías de la extrema izquierda revolucionaria, sino católicos fervientes que militan en un sentido de apertura.

Jordi Gracia: ¿Y sabe qué protegió Ruiz Giménez? El ministerio de Ruiz Giménez desde el año 51 está protegiendo no solo a los falangistas que vienen de Falange, sino a los falangistas católicos, a los católicos que se abochornan del nacionalcatolicismo oficial. Porque, naturalmente, a un católico decente tenía que abochornarle el nacionalcatolicismo, es decir, el veto mental a cualquier elemento extraño a la doctrina. Eso está cambiando desde dentro

porque la victoria va convirtiéndose, incluso, en el principal obstáculo para perpetuar la propia victoria.

*

Pregunta: Yo también comparto lo estimulante que ha sido el debate; en cada una de las intervenciones hay una parte de verdad o de acierto. Lo que sí me ha llamado mucho la atención es esta vuelta a una crítica ética; tal vez el objeto de estudio, en este caso su ensayo lo demanda, al igual que este texto híbrido de Cercas. Ahora bien, la Academia intentaba abandonar esa crítica ética. La pregunta es si hay un retorno a esas miradas o a esas críticas éticas. Pongo por ejemplo un hecho trivial que encierra sin embargo un significado importante. En la Feria del Libro en Argentina, en Buenos Aires, se objetó la intervención de Vargas Llosa en el acto inaugural, por su discurso político y en ‘desmero’ de su obra literaria. Muchos reconocían los méritos, pero juzgaban que por hablar de lo que habla y por decir lo que dice no debería abrir la feria del libro. Entonces, ¿hay realmente un retorno a la crítica ética o simplemente se da porque los objetos de estudio en este caso lo reclaman?

Sebastiaan Faber: Tan solo una respuesta muy breve. Se me ocurren dos cosas. En primer lugar, que los dos libros que yo he tratado tienen como objetivo un juicio ético aunque muy matizado –nada del ‘bueno’ o del ‘malo’–. Intentan comprender humanamente y formular juicios –aunque sea a través de metáforas– como forma de entender el pasado desde el presente –un presente muy determinado y local, un espacio democrático español–, comprender desde dónde venimos y cómo nos relacionamos con nuestros antepasados intelectuales. Segundo, el propio estilo ensayístico, en el caso de Jordi. Como ser humano intenta comprender –de persona a persona– desde el 2010 cómo era vivir en el 52, o en el 49 en Princeton, New Jersey. Entonces lo ético encuentra cabida ahí fácilmente. El hecho de que luego yo, desde mi formación en los estudios del exilio, cuestione desde qué posición están formulados esos juicios éticos, cuál es el marco, creo que es sano, que conviene. Hay que superar la asepsia político-ética que dominó durante muchos años en España después de la Transición, en la mirada hacia el pasado; hubo una época en la que era mejor no hablar de ‘buenos’ y ‘malos’ o de conductas

éticas o no éticas. Ahora sí, porque es lo que está hoy en juego en España; creo que para hacer que el pasado tenga una presencia mayor en el presente, es decir, para entender cuál es la memoria, cuál es la concepción de la gente sobre lo que pasó en España hace cincuenta o setenta años, queda todavía una tarea por hacer. Y creo que en ese sentido la asepsia ya no funciona; la gente quiere escuchar y contar historias y testimonios con las que se puedan identificar en un nivel humano y personal.

Jordi Gracia: Añadiría incluso fenómenos que son más generales. Occidente, fundamentalmente Europa en realidad, ha vivido una resurrección del ámbito de la vida privada, de las autobiografías, del diarismo, del memorialismo... Forman parte de los nuevos productos culturales de prestigio; no es que no existiesen antes este tipo de fenómenos —han existido siempre—, pero ahora han cobrado un prestigio, un crédito, una relevancia cultural alguno de cuyos efectos ha sido que, quizá desde la historiografía, la crítica literaria, la antropología —y desde muchas otras ramas—, hemos empezado a estimar el apreciable valor de contar con autobiografías, memorias, epistolarios, diarios, etc. publicados incluso profesionalmente, esto es, editados como tales objetos de atención cultural historiográfica. ¿Cómo renunciar a ver o estudiar una película de Buñuel sin leer su epistolario? ¿Con el fin de evitar la ‘contaminación’? Si se acude al epistolario de Buñuel, van a poder entenderse muchas más cosas de las que se sabían hasta el momento. Es decir, la riqueza de los materiales epistolográficos, sumada a los vaciados que ya son cada vez más abundantes de carácter hemerográfico, y por tanto la accesibilidad de la hemerografía en directo. Se puede acudir a cualquier periódico para comprobarlo; las cartas hablan en presente radical, no pueden deformar la memoria. Esto está engendrando por lo tanto, o está facilitando, una aproximación mucho más compleja, biografista quizá, a fenómenos que seguramente la requieren. Ahora bien, yo diría que el único modo de hacerlo inteligentemente es el de quien sabe acercarse a esos materiales con la máxima prudencia, la máxima cautela, la máxima prevención con la que hay que hacer uso de un documento privado. Hablo de ‘prevención’ no para invitar a omitir aquello que no debe decirse, sino ser conscientes de que, en privado, en las cartas, aparecen intereses activos; no hablamos de que ese testimonio diga la verdad respecto a un asunto, sino que es un testimonio falible,

tanto como la versión que pudiera aportar cualquier otro. Partimos entonces de ese supuesto de una versión crítica, hipercrítica, con cualquier documento que maneemos.

El británico Roger Griffin acaba de publicar en 2007, ahora recién traducido al español, un libro formidable titulado *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*. Es este una reivindicación de la multidisciplinariedad como actitud natural del investigador solo si este es tan cuidadoso en el uso de sus fuentes de información, de documentación, como lo ha de ser con su propia credulidad. Tan vigilante sobre su capacidad crítica como con la de un documento; esto es, estar vigilante a la falibilidad del documento con el que se está trabajando y, también, a la de la propia lectura de uno. De ahí alguna afirmación que aparece en varios libros míos, del género “aunque esto suene muy categórico, yo no lo estoy diciendo categóricamente”. En este punto se inserta en cierta manera lo que concierne al estilo. Aunque esté jugando, desde el principio siempre existe la cautela, la prudencia que ha de derivarse de la certeza de que decimos siempre más de lo que queremos o lo decimos de maneras que pueden ser equívocas –yo utilizo ironías, bromas, etc. que pueden complicar mucho las cosas al leer–. Bueno, quería referirme ahora al biografismo y la crítica ética como elementos que, en mi opinión, forman parte natural del bagaje que debe poseer alguien que quiere investigar trayectorias intelectuales, culturales o incluso colectivas. De hecho, es este un material increíblemente rico aunque perturbador, porque nos obliga a modificar los relatos heredados, que ignoraban ese ámbito privado, esa percepción privada, sin ser nada más que chismosa.

*

Pregunta: Somos de algún modo especialistas en el entender. ¿Cómo responsabilizarnos por el futuro de estos productos que hemos producido en esta gran caja negra que es hoy el espacio público, en el que entran autores novedosísimos como la sociedad civil pero también los medios de comunicación, así como las posibilidades de filtrar esto en la enseñanza? Es decir, estamos llegando a grados altísimos de sofisticación en la producción del conocimiento y en la escuela los jóvenes no saben qué fue la Transición o quién fue Cristóbal Colón. ¿Cómo de algún modo contribuir a desarmar esta gran madeja que es el espacio público?

¿Cómo pasar del reino de lo particular a un horizonte más general, por no decir universal?

Jordi Gracia: Yo comparto esta preocupación, pero no soy nada pesimista; en la universidad todo el mundo suele ser muy pesimista, pero yo no puedo serlo, porque sí tengo memoria histórica, es decir, memoria de lo que fue la historia. No tengo ninguna duda de que el espacio público hoy es mucho más estimulante y mucho más fiable para la formación de los jóvenes de quince años que en el año setenta o en el año cuarenta. El análisis lo hago en ‘macro’; no se trata de si saben latín o no, pues en el año cuarenta sabían latín, pero eran fascistas. Quiero decir, abriendo el análisis sobre cuáles son los elementos educativos y del espacio social que puedan generar más angustia, creo que tendemos a proyectar preguntas muy concretas, con casos muy aislados, sea Colón o sea la Guerra Civil, y, sin embargo, tenemos poca habilidad en preguntarnos qué ha ganado la educación ciudadana –y hablo de Europa, no solo de España, y a lo mejor qué ha perdido, aunque eso todo el mundo parece saberlo–, pues parece que no se note, o que no esté. ¿O es que realmente alguien cree que ahora la sociedad crece en un espacio público más racista que hace 30 años? Yo creo que es todo lo contrario; es mucho menos racista el espacio público de la Europa contemporánea de ahora que hace 30 años.

Sebastiaan Faber: Yo comparto completamente la ‘alergia’ al pesimismo de cultura; las nostalgias muchas veces no están fundadas en gran cosa. Lo que a mí me preocupa es qué pasa con el conocimiento producido, muy válido en muchos casos, en ámbitos académicos, y cuál es la responsabilidad de los que estamos en esos ámbitos a la hora de hacer que se distribuya, que se difunda, que se discuta. Ahí vuelvo a lo que me parece lo más funesto de las instituciones académicas: las separaciones departamentales, disciplinarias, incluso entre culturas académicas nacionales. Yo, por ejemplo, que soy hispanista en EEUU, en el medio oeste además, ¿por qué dedico mi vida a estudiar España?, ¿quién me lee? ¿por qué publico en revistas en inglés que nadie en España lee?

Creo que esto es un problema, y lo es en particular para los que nos dedicamos a estudiar una cultura *desde* otra cultura y ámbito institucional. Para un catedrático que estudia la cultura de donde vive, de su propio país, la justificación de su labor está dada en principio. A veces me pregunto, ¿qué deberíamos hacer los hispanistas extranjeros? ¿Debo seguir publicando en medios ‘oscuros’ o ‘marginados’ o debería escribir también para *El País*, para *Público*? Pero, por otro lado, ¿quién soy yo para escribir algo en *Público*? Creo que la difusión es un gran problema, porque la tendencia es hacia lo opuesto; nadie tiene constancia de lo que hace su compañero, ni siquiera en su propio departamento, no existe una lectura recíproca. Entonces ahí encontramos el primer problema, el diálogo intelectual en la Academia, al que no llegamos porque no tenemos tiempo, porque es tanta la bibliografía que se publica en nuestro propio minicampo que quién tiene tiempo para otra cosa. Y después nadie ni siquiera se pregunta para quién escribe. No es sino la pregunta de Ayala; ¿para quién escribimos los expertos en España en el extranjero? Es una pregunta muy agobiante; basta ya de artículos académicos, hagamos otra cosa.

Jordi Gracia: Comparto la reflexión, que has expuesto descriptivamente; son esas las relaciones de departamento habituales, así es cómo funciona en la actualidad y como lo ha hecho en el pasado, siempre hemos sido igual. Donde sí podemos observar un cambio es en la multiplicación de canales de difusión del saber universitario, eso es evidente a simple vista. Eso significa que hay más lugares para hacerlo, unos con mayor prestigio, otros con menos; unos circulan por la red, otros de cualquier otra manera.

Uno de los defectos más graves de la historiografía contemporánea en España es haber dejado en manos de otros profesionales –del periodismo, de la crónica, de escritores vocacionales– algunos territorios de la historia contemporánea a los que ha renunciado la Academia. No hay usurpación, no hay intrusos; si estas personas son competentes no pasa nada; el problema solo aparece cuando no lo son. Es decir, no es necesario ser académico para ser buen historiador. Kapuscinski, el periodista, fue un ‘mago’ de la creación de conocimiento sobre espacios contemporáneos; él es un periodista, así como un hombre extremadamente competente. Quiero decir, la Academia olvida una

forma de polución de lo que es su saber en términos de accesibilidad de su conocimiento; creo que está renunciando a desempeñar un papel activo en la construcción moral e intelectual de su tiempo. Nadie está obligado a hacerlo; sí creo que forma parte de lo que al menos en la cultura española había quedado aparcado durante años, aunque ya no se puede decir eso. En democracia eso forma parte de las funciones naturales del ensayista, del profesor académico etc., que según las áreas puede optar o no a sellos comerciales desde el punto de vista editorial, ya sea Tusquets, Anagrama, Alfaguara... Antes en España este era un mercado muy reducido; ahora ha crecido evidentiísimamente.

Ha de formar parte de la expectativa del propio investigador ese tipo de objeto. Todos hemos hecho evaluaciones de manuscritos; yo he tenido que hacerlo y decir a algunos manuscritos que eran muy buenos desde el punto de vista del conocimiento y de otros aspectos que no eran aptos para la publicación, ya que desde el punto de vista comercial no tendría suficientes ventas, se reduciría a un público mínimo. Se trata de productos muy buenos desde el punto de vista de la calidad, de la metodología, pero desde el punto de vista de la legibilidad ese texto se insertaría tan solo en el circuito pequeño de los historiadores y nada más.